ORDENACIÓN PRESBITERAL DE LUCAS PAUTASSO

HOMILÍA DE MONS. PEDRO TORRES

En la Catedral San Rafael Arcángel – Jueves 30 de Abril de 2026

Diócesis de Rafaela

Queridos hermanos, querido Lucas:

Estamos celebrando esta liturgia con las oraciones propias de la ordenación presbiteral, pero con las lecturas de San José, copatrono de nuestra diócesis, y modelo de servicio, de paternidad, de cuidado, de humildad. Humildad que pareciera el Espíritu está invitándonos a vivir en este cambio de época. Humildad que Jesús vivió primero: siendo Dios tomó la condición de servidor. (Lucas) Ya sos servidor como diácono, somos todos servidores, siervos inútiles. Qué bueno comenzar con esa conciencia.

La segunda lectura, que la Iglesia lee en clave de descubrir que así vivió José, terminaba diciendo: *"Cualquiera sea el trabajo de ustedes, háganlo de todo corazón, teniendo en cuenta que es para el Señor y no para los hombres. Sepan que el Señor los recompensará, haciéndolos sus herederos. Ustedes sirven a Cristo el Señor."* Estas palabras y la invitación anterior a ésto, son ya todo un programa de vida, que la liturgia descubre que San José hizo suyo.

Estamos viviendo este momento, después del Jubileo de la Esperanza que sigue latiendo; y transitando este Jubileo de San Francisco de Asís, que lo prolonga; y tal vez silenciosamente, también el Jubileo de San Juan de la Cruz, que no se vive tan a nivel de Iglesia universal, ese Juan de la Cruz que se inspiró en el profeta Elías y en la Virgen del Carmen. En este clima jubilar y a lo largo de la Cuaresma, y en la Misa Crismal, donde (Lucas) trajiste el Crisma con que serás hoy ungido, como un eco del camino sinodal de la Iglesia que invita a la conversión de las relaciones, de los vínculos, de las estructuras, de muchas maneras, yo invitaba a la conversión. Y vuelvo a repetir, no sólo es una invitación a la conversión del pecado, que siempre suscita arrepentimiento. El Evangelio propone otras conversiones, que tal vez no tienen esa nota de arrepentimiento, sino de asombro. Convertir la imagen de Dios, convertirnos al Nuevo Testamento. Como María en la Anunciación, que descubre que Dios no es soledad, sino que es comunión, es amor, es relaciones, es misericordia. Debemos convertirnos del sacerdocio de las religiones como mediadores, como intercesores, del sacerdocio levítico, - hoy la oración de consagración dice que era sólo una sombra - al único sacerdocio de Jesucristo. Necesitamos convertirnos al Espíritu, necesitamos un nuevo Pentecostés. Estamos urgidos por un camino de conversión, de múltiples conversiones, urgidos por un mundo sin paz que necesita santos, que son los únicos que transforman la historia.

De hecho, en el corazón de esta celebración, en la oración que la Iglesia propone después del gesto de la imposición de manos y de un silencio cargado de misterio, por la acción de Dios que nos asombra, seis veces aparece esta primacía del Espíritu. Primero, en la memoria de la historia de la salvación, y después en el momento culminante, en la oración consecratoria, vamos a rezar así: "Te pedimos Padre Todopoderoso, que confieras a este siervo tuyo la dignidad del presbiterado; renueva en su corazón el Espíritu de santidad; reciba de Ti el segundo grado del ministerio sacerdotal y sea, con su conducta, ejemplo de vida." No dice que va a recibir el Espíritu de santidad hoy, dice "renueva", porque todos los bautizados somos llamados a la santidad, es la primera vocación de los hijos de Dios, de los testigos. Lo han dicho los santos, San Francisco de Sales recordaba esta vocación universal, lo ha dicho el Concilio Vaticano II, San Juan Pablo II

lo repetía insistentemente y describía el llamado a la santidad como la dirección de la dirección de todas las otras acciones pastorales del nuevo milenio.

Pero creo que también necesitamos convertir cómo entendemos este llamado. San Francisco, a quien lo vivía en la tristeza de su propio pecado y en un clima de culpa estéril, les decía que no se alcanza la santidad a golpe de puños con nuestro esfuerzo, sino adorando, abajándonos o mejor, reconociendo nuestra pobreza y pequeñez, dejándonos amar. San Juan de la Cruz decía que se alcanza por el camino de las nadas, del abandono, de la confianza. Y Santa Teresita del Niño Jesús decía que solo la confianza es la que puede conducirnos al Amor. Hay que aprender con asombro, no solo a dar, sino a recibir con generosidad. La santidad es don. El cristianismo es don. El sacerdocio es don. Nadie lo merece. Nos desborda.

Yo te ruego y les ruego, no perdamos nunca la sencillez evangélica. El ministerio no nos saca del mundo: Es sal, es fermento, es presencia elevante, levadura. San Pablo VI lo expresaba diciendo que el ministerio no nos hace príncipes, nos hace peregrinos del amor de Dios.

Y si es cierto que la santidad es primero un don, en realidad antes es un atributo esencial de Dios, que es distinto, que es totalmente otro. La santidad pertenece solo a Dios y es inaccesible a la criatura. Asi lo cantaba Isaías cuando descubría la trascendencia de Dios: “Santo, Santo, Santo”. Dios marca y abraza cuanto toca con su santidad, impregnando de gloria y perfección. Yahvé, desde la zarza ardiente le dijo a Moisés: “descálzate, este es suelo sagrado.” La santidad es una propiedad exclusiva de Dios que solo Él puede comunicar a los demás seres.

Cristo es nuestra santificación y en el Nuevo Testamento esta es la conversión, ya no es solo una santidad ritual, externa, ni siquiera una santidad moral. Es participación creada, analógica, pero real y verdadera, física, de la santidad de Dios, propia de su vida intertrinitaria. Nuestra vida ha sido injertada con Cristo en Dios. Es una santidad que algunos llaman “de nuestro ser”. Por el Bautismo somos santos, por la Confirmación somos santos y el único protagonista de esta santidad es el Espíritu Santo, aunque no se agota, incluye también nuestra respuesta. Por eso Juan Pablo II decía: “familia, sé lo que eres”, “bautizado sé lo que eres”, sacerdote sé lo que eres. Dios espera en nosotros que nos dejemos amar, que vivamos en plenitud, que seamos santos, que vivamos el amor en plenitud, el amor en la vida pastoral. Dios espera que nosotros seamos místicos con los ojos abiertos, con entrañas de misericordia, con los pies en la Tierra y la mirada en el Cielo, anclados en el misterio.

Si convertimos nuestra percepción de la santidad, caemos en la cuenta que lo contrario de la santidad no es lo impuro, no es el concepto de separación que vivió el mismo Isaías. Es un concepto positivo como plenitud, es pura sencillez del tres veces Santo, el solo bueno, del que nada se puede añadir o quitar, como lo cantaba Francisco de Asís. Y la mediación a la santidad entonces no es de corte ritualista, no es por objetos, lugares o prescripciones. Pablo hará descubrir también que somos santos por vocación, es nuestra identidad, reside en el corazón, se resume en el amor, es la culminación del camino de las bienaventuranzas. La mediación entonces ya no son ritos ni bondad moral, es una persona, es Jesucristo, estamos llamados a pertenecerle a Él, el Santo de Dios. Por eso, lo contrario a la santidad no es ser pecador, sino ser fracasado. Si no somos santos, somos fracasados porque no somos lo que somos. No es un lujo, es una necesidad; no es camino de lo extraordinario o del éxito, es camino de la encarnación y la Pascua que eleva amando y plenificando.

Estamos llamados a ser sal y luz, ruego para que en la diócesis no perdamos el sabor de la sal “porque si la sal pierde su sabor ¿con qué se salará?” Vuelvo a repetir, la santidad es don, el cristianismo es don, el ministerio es un don que es para los demás. Somos para los demás, como

la Eucaristía. La dinámica eucarística nos enseña a ser santos, es para la alabanza, para estar con Él, para ser comidos. Estamos llamados, si queremos ser santos, a ser don, somos misión.

Hace poco les decía, precisamente en la Misa Crismal, necesitamos un nuevo Pentecostés, para vivirlo hay que volver al Cenáculo, "la Iglesia nunca salió de allí", decía Juan Pablo II en la Encíclica Dominum et Vivificantem, pero también volver a esos acontecimientos que han sido un Pentecostés. Por eso, el Papa León nos está diciendo que volvamos al Concilio. Precisamente, el Concilio, después de recordar que "el Apóstol les amonesta a vivir «como conviene a los santos» (*Ef* 5, 3)", recuerda "que como «elegidos de Dios, santos y amados, se revistan de entrañas de misericordia, benignidad, humildad, modestia, paciencia» (*Col* 3, 12) y produzcan los frutos del Espíritu para la santificación (cf. *Ga* 5, 22; *Rm* 6, 22)". Luego hace referencia a que esta santidad no implica que tengamos que ser inmaculados, perfectos, porque dice "Pero como todos caemos en muchas faltas (cf. *St* 3,2), continuamente necesitamos la misericordia de Dios y todos los días debemos orar: «Perdónanos nuestras deudas» (*Mt* 6, 12). E inmediatamente después dice el Concilio, "en primer lugar, es necesario que los pastores de la grey de Cristo, a imagen del sumo Sacerdote, Pastor y Obispo de nuestras almas, desempeñen su ministerio santamente y con entusiasmo, humildemente y con fortaleza" (Lumen Gentium 40-41). Hay que recuperar el entusiasmo, hay que dejar que Dios nos mueva por dentro: "¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino?" decían los discípulos de Emaús. Este entusiasmo no nos lleva a ser fundamentalistas, impositivos, príncipes, sino a vivir el ministerio humildemente y con fortaleza. Ojalá que todos en la Iglesia no nos la creamos y seamos capaces de vivir el ministerio en el altar, en el confesonario, en la calle, cuando encontramos un pobre, cuando vamos al supermercado, nada es indigno. Somos sacerdotes en las pequeñas cosas, quien es fiel en lo poco va a poder ser fiel en lo mucho.

Invito a que hagamos un momento de silencio y pidamos esta gracia a 65 años de vida de la diócesis: aprender de María, la alabanza, el servicio; aprender de José, el silencio. En este año que queremos redescubrir la paternidad de Dios, es cierto que sólo Jesús refleja la paternidad de Dios: "quien me ve a mí ve al Padre", pero el padre que el Padre eligió para Jesús en esta Tierra habla algo de Él también, y José guarda silencio y obra – "inmediatamente se levantó". Hoy estamos viviendo un misterio donde el Espíritu da una identidad nueva a Lucas, te dirán Padre Lucas, pero qué hermoso si el Espíritu renueva la santidad de todos los que estamos aquí, de los que están conectados en las redes, de todos los miembros de la diócesis, porque si en otro tiempo el mundo necesitaba santos para cambiar, hoy hacen falta comunidades santas, familias santas. Hace falta confiar en lo que somos y dejar que se despliegue desde el corazón lo que el Espíritu quiere hacer en el mundo hoy.

Ser Iglesia que camina sinodalmente es primero escuchar lo que el Espíritu tiene para decirnos, y lo dice en el corazón. Por eso hay que aprender a hacer silencio, buscarlo dentro, buscarlo en lo pequeño. San Agustín, el santo que acompaña al Papa León decía "te busqué tanto fuera y estabas dentro". Que este momento de gracia sea una admirar lo que hace Dios en Lucas, pero también admirar lo que hace en cada uno, en los santos de la puerta de al lado, en los santos que hemos conocido, en los santos que suscita hoy para este tiempo, porque nunca nos deja sin la gracia necesaria para afrontar los desafíos de un cambio de época que es impresionante.